

CUENTO N° 146

TÍTULO: DESPEDIDA

SEUDÓNIMO: NIEBLA

AUTORA: AMADA GALLEGOS GALLEGOS

DESPEDIDA

Niebla

Diciembre se adueña de los jardines, del sol y el calor.

Sesteando sobre una matita de dalias rojas, Cholo estira su cuerpo enorme; sueña tal vez y gruñe su satisfacción a ratos.

Qué puede importarle que las flores resientan su peso, que la copihuera sangre por sus corolas el dolor de las raíces pisoteadas sin clemencia y sin maldad, por este ser peludo, crespo y torpe que lo único que busca es refrescar esos rulos negros que caen sobre sus ojos y tapan las orejas móviles y graciosas cuando baila al trote del “perro de la casa”.

Cholo es feliz; necesita muy poco para sentirse grato: agua para mojarse entero y comida que llene su panza brillante y húmeda

Llegó por casualidad a nuestro campo hacía ya largos ocho años. Era tiempo de cosecha y un día cualquiera un obrero lo encontró, según contaba, tirado en el camino. Lo había golpeado algún vehículo y le rompió casi todos los dientes, una mano, la pata izquierda y rasgó su labio inferior de tal forma que ese montón peludo aulló días y días de dolor, en la casa del empleado que nos servía y se hizo cargo de él.

Cansada de sus gemidos lo pedí y lo traje frente a nuestra, casa bajo un enorme ciprés y lo atamos a un alambre largo que le permitía moverse libremente por el entorno.

Sus llantos cesaron poco a poco y se transformó en una sombra silenciosa que esperaba con ansias el plato de comida diario. Su condición miserable se hacía evidente por la comisura de su labio roto e infectado y su cuerpo se sacudía en un temblor nervioso.

Lo llevamos al veterinario del pueblo quien sentenció, luego de extraer sus muelas, que no viviría mucho tiempo porque tenía un daño irreparable en sus extremidades.

Y aún así día con día Cholito se aferraba a la vida. ¡Cómo no hacerlo si había tanta belleza y alegría a su alrededor! Se embelesaba mirando el paso gracioso de las codornices que marchaban en correcta fila con sus polluelos, ignorando el peligro de un manotazo o un mordisco; los ojos ahora brillantes y vivaces, seguían el vaivén de las altas ramas del castaño y de la vieja encina y el pasto mullido aliviaba el dolor de su cuerpo maltrecho.

Las bandurrias y sus gritos estridentes parecían bailarle burlescamente, esperando, tal vez que un ladrido las ahuyentara pero nunca ocurrió.

Todo este paisaje movedizo y colorido de la mañana alcanzaba una placidez incomparable en los atardeceres. El sol se despedía dejando su huella rojiza en el firmamento y el sonido del agua golpeaba contra las piedritas del canal que regaba la huerta.

Fueron veranos dulces y felices para todos nosotros. Las noches de un azul increíble, el vientre hinchado de estrellas del firmamento y la luz de generosa de la luna, nos llenaban el alma.

Una de esas tardes, me arriesgué, solté a Cholo de su cadena y me alejé un tanto, creyendo que se iría pero no, agradecido y tímido avanzó tambaleante y se echó a mis pies. No me moví y al rato cuando quise sentarme para gozar de la quietud y el silencio me siguió y se durmió plácidamente por un rato largo. De pronto un ruido lo alertó, eran voces de muchachos que salían a conejear y el fiel perro, entonces, haciendo un esfuerzo, se irguió y lanzó su primer ladrido ronco y desafinado.

Entendí que era su forma de protegerme de un peligro invisible o tal vez afianzaba así su derecho a una casa y un amo.

Desde entonces Cholo ensayaba sus ladridos y aunque su hocico dolía cada vez, su voz se hacía más potente y segura.

Había terminado el tiempo de sufrimiento y silencio y venía la era de la alegría y la comunicación.

Logró convertirse, a su modo, en el regalón de todos. Era la presencia obligada siempre que llegaba alguien a visitarnos; inútil mandarlo a otro lado, se había ganado el privilegio de participar en familia, de todos los acontecimientos. Pero su mayor deleite consistía en conseguir que el pie de uno de nosotros se posara sobre su cabeza para acariciarla.

Creció metido entre nuestros zapatos y muchas veces, aparte de pisarlo, sin querer, provocó algún trastabillón entre los que tenían la mala ocurrencia de intentar caminar, ignorándolo.

Entre los inviernos de cemento, lluvia y frío y los veranos ardientes, con frutas maduras y cementeras rubias y graciosas se fueron seis años de nuestras vidas.

Hubo pérdidas irreparables y dolorosas que nos dejaron una rasgadura profunda en el corazón y la humedad permanente del recuerdo en las pupilas.

Y sí, Cholo las sufrió tanto como nosotros, sin perder la esperanza, con vueltas y vueltas al jardín, oliendo la ausencia presente en los sillones viejos de la pequeña terraza y mirando con desconcierto a la familia, ahora incompleta.

Multiplicó su celo y sus arrumacos a nuestros pies que cada vez estaban más quietos y menos motivados a acariciar su cabeza.

Se hizo un deber dormir a la entrada de la casa y ladraba a molinos de viento apenas nos veía aparecer; pienso que su instinto lo obligaba a actuar así para demostrarnos que su cariño seguía intacto y que debía alegrarnos a ratos con sus travesuras.

Todas las tardes salíamos a caminar y sentados al borde del canal, hacíamos una oración para sentir que aquellos que ahora no estaban con nosotros físicamente aun nos acompañaban. Sentíamos que en esos instantes su presencia nos ayudaba a vivir. Nuestro perro, entonces, respetando el silencio, escondía su cabeza entre las patas y dormitaba a nuestros pies.

Una noche, nos sentamos madre y yo a contemplar la belleza incomparable de la luna que cubría de plata el jardín y el huerto. Cholo, inquieto como nunca daba vueltas en derredor, hasta que, por fin, se echó a nuestro lado y permaneció atento a los ruidos. Sentíamos su corazón, latir con fuerzas y costó mucho que nos dejara ir a la cama pues, insistentemente volcaba todo el peso de su enorme cuerpo sobre nuestras piernas, como pidiendo un rato más de compañía.

Al día siguiente, subimos a nuestra camioneta para viajar al pueblo cercano y como era su costumbre, Cholo corrió al lado izquierdo del vehículo porque así me veía y ladraba hasta que nos perdía de vista. Era parte de su rutina despedirnos en el portón sin salir al camino y luego se devolvía a cuidar la casa, con una responsabilidad que se había autoimpuesto desde que sintió que aquel lugar le pertenecía.

Anocheceía cuando regresamos, pero esta vez todo estaba silencioso, demasiado; y entonces, antes de doblar hacia la entrada del campo, divisé una sombra oscura en medio del camino y al detenerme vi con angustia el cuerpo de Cholo, quieto, tanto como nunca lo estuvo. Me acerqué y comprobé con dolor que hacía ya un rato largo nuestro perro nos había dejado, no por voluntad propia sino porque su compañía tenía fecha de término escrita en su frente negra y peluda, desde antes de nacer. Un hilillo brillante y rojo bajaba de su hocico al cuello y en sus pupilas abiertas se reflejaba el brillo intenso de las estrellas que él miraba cada noche y a las cuales ladraba jubilosamente moviendo la cola alborotada.

¿Dónde van los perros que abandonan la vida?

¿Habrán para ellos un lugar especial en donde encuentren cariño y alimento que es lo único que piden?

Cholo se fue con los últimos días del verano y se llevó una parte nuestra.

Ya las tardes no están llenas de ladridos y trotes y nuestros pies fríos ahora, resienten el calor de su cuerpo grandote.

¿Dónde quedó? No quise saberlo. Alguien se encargó de llevarlo a algún lugar en el campo y enterrarlo allí donde fue feliz.

Para que no extrañe el suelo mullido. Para que el viento siga moviendo las ramas de los árboles que tanto le llamaban la atención y para que las pequeñas mariposas nocturnas vistan de amarillo el lugar en el que ahora habita.....

////////////////////////////////////